Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº 41, pág. 42. Título original: *II Papa del Concilio": Diciottesima puntata. Giovanni XXIII e gli ebrei. Seconda parte: da Jules Isaac a Nostra aetate.*
Autor: P. Francesco Ricossa.
Fecha: **julio-agosto 1995.** Traducido al español. Pág. web: www.sodalitium.it - email: info@sodalitium.it

"EL PAPA DEL CONCILIO"

Décimo octavo episodio: Juan XXIII y los judíos. Segunda parte: De Jules Isaac a Nostra aetate

por el P. Francesco Ricossa

El "Hermano" Jules Marx Isaac había dejado el Vaticano para volver a la logia con "más de una esperanza": tenía la promesa de Juan XXIII de una revisión de la doctrina cristiana sobre las relaciones entre la Iglesia y el judaísmo. Se trataba de hacer realidad este solemne compromiso. Este artículo intentará seguir paso a paso el desarrollo de esta maniobra, siguiendo tres pistas: la acción directa y pública de Juan XXIII, la acción del cardenal Bea, en quien delegó el 18 de septiembre de 1960 las relaciones judeo-cristianas, y el "acuerdo secreto" concluido en 1962-1963, que dio lugar a la Declaración conciliar *Nostra aetate*.

Dos alocuciones y una bendición

Si se buscaran pruebas de un cambio decisivo en la actitud del Vaticano hacia el judaísmo en los discursos oficiales de Juan XXIII, se sufriría una decepción parcial. En los cinco años de su pontificado, Juan XXIII sólo dirigió dos discursos a asociaciones judías, el 18 de enero de 1960 al *Congreso Judío Mundial* y el 17 de octubre del mismo año a la asociación estadounidense *United Jewish Appeal* ([1]). Acostumbrados al ritmo habitual de las reuniones judeo-cristianas, ¡nos sorprende tanta discreción! Sin embargo, el discurso a los 130 judíos del *United Jewish Appeal* dirigido por el rabino Herbert Friedman ya revela importantes errores doctrinales; como ya he comentado este discurso, no me detendré más en él ([2]). Más que las elaboraciones teológicas, Juan XXIII amaba los gestos simbólicos, que causan mayor impresión en la gente, se imprimen más fácilmente en la memoria y no necesitan una estricta justificación doctrinal... Así fue como, "el 17 de marzo de 1962, Juan atravesó en coche por el boulevard que sigue la orilla del Tíber. A la altura de la Sinagoga, pidió al conductor que se detuviera y girara hacia la acera: era sábado por la mañana, y grupos de judíos salían del templo después de la oración. El Papa detuvo el coche y los bendijo: esto ningún Papa lo había hecho antes que él" ([3]). El gesto vale más que mil discursos; la bendición dada a los judíos fuera de la Sinagoga (de forma poco ortodoxa, ya que sólo se bendice a los fieles) fue vista, con razón, por el propio Juan Pablo II como una anticipación simbólica de su visita al interior del Templo judío: "El legado que quisiera recoger ahora es el del Papa Juan, que una vez, de camino hacia aquí —como ha recordado ahora el Gran Rabino— detuvo el coche para bendecir a la multitud de judíos que salían de este mismo Templo. Y quisiera retomar la herencia en este momento, pues ya no estoy fuera, sino, gracias a vuestra generosa hospitalidad, dentro de la Sinagoga de Roma. Con este encuentro concluye, en cierto modo, tras el pontificado de Juan XXIII y el Concilio Vaticano II, un largo período sobre el que no debemos cansarnos de reflexionar para extraer las oportunas lecciones...". ([4]).

La reforma del rito del bautismo de adultos

Otro gesto de apertura hacia el judaísmo, lo hizo Juan XXIII con la reforma del rito del bautismo de adultos. Nunca había oído hablar de ello, y debo esta información al ya citado (en el último episodio) Paul Giniewski, un autor judío radicalmente anticristiano de un libro, cuyo prefacio, del que se avergüenza en cierto modo, lo escribe el padre Jean Dujardin, secretario

del Comité episcopal francés para las relaciones con el judaísmo ([5]). En la página 130 de su libro, al enumerar los méritos de Juan XXIII con respecto a los judíos, Giniewski habla de esta reforma litúrgica: "(Juan XXIII) purgó el rito del bautismo, suprimiendo las fórmulas que contenían la incredulidad judía y el error judío". De esto se trata. El 16 de abril de 1962, la Sagrada Congregación de Ritos publicó un decreto sobre el nuevo ritual bautismal para adultos [AAS, 54, 1962, 315-338], en el que prácticamente restauraba el antiguo catecumenado, previendo un bautismo por etapas. Hay, sin embargo, en esta reforma una declaración de principios de sabor ecuménico. De hecho, el nuevo ritual suprimió la recomendación del antiguo (Título II, Capítulo III, número 12), que advertía al ministro del sacramento de "dar a conocer y declarar la gravedad de sus errores" al hereje que se convirtiera al catolicismo ([6]). En el propio rito del bautismo, el converso debía abjurar y detestar los ídolos, si procedía del paganismo, la "perfidia mahometana", si era musulmán, la "pravedad herética" y las "sectas nefandas", si era protestante. Al mismo tiempo, debía declarar que tenía horror a la perfidia judía, y rechazar la superstición judía, si el neófito procedía del judaísmo ([7]). Estas palabras del sacerdote que bautizaba fueron suprimidas sobre la base del principio anteriormente enunciado, según el cual el catecúmeno debe ser instruido en la religión católica, pero no debe rechazar sus errores anteriores, olvidando cómo la profesión de la verdad y la detestación del error son correlativas: la una exige la otra. ¿Cómo puede conciliarse esta decisión con la doctrina católica de que no puede haber en la liturgia nada contrario a la fe o a las costumbres, ni perjudicial para las almas?

Supresión del culto al Beato Andrés

Giniewski señala otra iniciativa de Juan XXIII, hasta ahora poco conocida. Los lectores de *Sodalitium* ya están familiarizados con el tema del "homicidio ritual" ([8]). En tres casos la Iglesia se ha pronunciado con una bula de beatificación. Uno de ellos es el del beato Andrés de Rinn, en el Tirol, martirizado en 1462. El Papa Benedicto XIV aprobó su culto en 1755 con la bula *Beatus Andreas*. "En 1961 —nos informa Giniewski, citando los estudios de una monja, Sor María Despina, publicados en 1971 por la revista *Rencontre*— Jules Isaac había enviado al cardenal Bea (...) un dossier completo sobre la iglesia de Rinn, donde siempre había estatuas que representaban, de manera caricaturesca, a los comerciantes judíos acusados de haber asesinado a Andrés (...), y donde siempre circulaban folletos con el *imprimatur*, en los cuales se relataba el crimen. También habían intervenido Si-

mon Wiesenthal y muchas organizaciones judías y cristianas. Estas gestiones dieron lugar a una carta secreta de Juan XXIII al superior del monasterio de Wilten el 5 de mayo de 1961, y a ciertas medidas: supresión de las estatuillas, de la procesión anual y de la misa en memoria de Andrés, y colocación de una placa a la entrada de la iglesia en la que se afirmaba que "el pueblo judío no tiene nada que ver con el caso del bienaventurado Andrés, porque no es más que una leyenda". Sin embargo, en un primer momento el episcopado supuestamente eludió la petición de Juan XXIII. En cuanto al pueblo, "los fieles de corazón no aceptaron la orden papal, sintiéndose objeto de una reprimenda obtenida bajo la presión de los judíos" ([9]). ¿Podemos culpar al pueblo fiel? *Vox populi, vox Dei*!

De nuevo Giniewski, siguiendo a la mencionada Sor Despina, revela otra intervención de Juan XXIII en relación con un caso similar al del "asesinato ritual", la profanación de las hostias consagradas; "una de estas leyendas fue la prosperidad de la pequeña ciudad de Deggendorf, en Baviera, donde en la iglesia había frescos que ilustraban un imaginario crimen judío que se remontaba a 1337. El Papa ordenó, en 1960, la supresión de los frescos y la supresión de la peregrinación...". ([10]).

Nahum Goldman

El cardenal Bea y Nahum Goldman (26 de octubre de 1960)

Lo que hemos relatado hasta ahora, sin embargo, no es nada comparado con el incansable trabajo del cardenal Bea, delegado expresamente por Juan XXIII, que estuvo en estrecho contacto con el mundo judío. Para hacerse una idea del fenómeno, baste decir que el anciano cardenal, con su precaria salud, mantuvo hasta 30 "contactos personales con individuos o

grupos representantes de diversas organizaciones judías" ([11]) en el período comprendido entre 1960 y 1964.

El primero de la lista tuvo lugar probablemente sólo un mes después de haber recibido el encargo de Juan XXIII. "Sin esperar a que las Comisiones Preparatorias [del Concilio] así como el Secretariado comenzaran su trabajo" ([12]), el cardenal Bea tuvo su primera reunión en la cumbre con **Nahum Goldman**, presidente del *Congreso Judío Mundial*. La reunión tuvo lugar en Roma, a petición de Bea, el 26 de octubre de 1960. Cito los pasajes más significativos del relato del propio Goldman: "Me dijo que había pedido verme **porque el Papa tenía la intención de incluir el problema de las relaciones cristiano-judías en el orden del día del Concilio y le había pedido que preparara el asunto**. (...) Desde el primer encuentro, mostró una profunda comprensión de la importancia histórica y política de las relaciones judeo-cristianas; me dijo, en particular, que estaba convencido de que **era necesario un cambio radical de estas relaciones por parte de la Iglesia**, aunque el proceso fuera difícil y largo. Por su parte, **aunque preveía una violenta oposición por parte de sus colegas de la Curia**, haría todo lo que estuviera en su mano para inducir al Concilio a una actitud **nueva** y positiva. En su opinión, el primer paso debía ser el siguiente: las organizaciones judías debían enviar, a través de él, un *memorándum* al Papa, solicitando que el problema se incluyera en el orden del día del Concilio. Me rogó que me esforzara por formar un frente judío unido (...). En particular, me pidió que persuadiera a las organizaciones judías que no son miembros del *Congreso Judío Mundial* para que apoyaran también el *memorándum*. Le dije que era difícil, y le señalé, en particular, mi preocupación por la posibilidad de que la ortodoxia judía se opusiera a ese paso en el Vaticano, lo que lo haría aún más difícil. En efecto, si surgía una polémica violenta en el seno del judaísmo, el intento de acercamiento iría en detrimento de las relaciones mutuas. En cualquier caso, le prometí hacer todo lo posible y mantenerme en contacto con él" ([13]). El texto es revelador. En primer lugar, se trata de una novedad, de un "cambio radical por parte de la Iglesia". Juan XXIII es responsable de este "cambio", querido por él, orientando el Concilio hacia una ruptura declarada con la tradición eclesiástica, a pesar de la previsible "vehemente oposición" de los cardenales. De esta voluntad de Juan XXIII Bea fue un instrumento, el cual no era tan ignorante sobre la cuestión judía como quiere hacer creer el *Sidic* (*Servicio Internacional de Documentación Judeo-Cristiana*) ([14]). En cuanto a la táctica utilizada, fue la misma que la ya ensayada para la creación del Secretariado: el envío a Juan XXIII de un *memorándum* aparentemente espontáneo, que en cambio fue conducido por

los propios Roncalli y Bea. Por último, los obstáculos, ¡por parte de los intransigentes! de los dos bandos: los "ortodoxos" judíos, y los "ortodoxos"... ¡católicos! Estos últimos, sin embargo, fueron derrotados al principio: contra ellos estaba el poder absoluto del propio Juan XXIII. ¡Más difícil era convencer a la ortodoxia judía!

Hostilidad de los judíos ortodoxos al "diálogo

Prueba de ello es que un año después de la reunión Goldman-Bea, el 18 de noviembre de 1961, el diario israelí *Jerusalem Post* informaba: "Por parte judía, un paso hacia el acercamiento no se dará fácilmente. La desconfianza hacia los católicos es especialmente grande entre los judíos ortodoxos, pero el *Comité Permanente de la Conferencia de Rabinos Europeos* dedicará pronto su atención al problema que se ha planteado [de enviar observadores judíos al Concilio]. El más deseoso de promover la cooperación es el rabino jefe de Roma, Toaff, mientras que el rabino jefe de la Commonwealth británica, el rabino Brodie, ha expresado su oposición a cualquier contacto con el Concilio Ecuménico, cuyo objetivo es definir asuntos que sólo conciernen a la Iglesia católica" ([15]). La III Conferencia de Rabinos Europeos, celebrada en París del 14 al 16 de noviembre de 1961 bajo la presidencia del rabino Brodie, ¡no fue ciertamente una obra maestra del ecumenismo! Los rabinos recordaron "las desastrosas consecuencias de los matrimonios contraídos al margen de la ley judía, que tienen como efecto la ruptura de la familia judía y la disolución de nuestras comunidades". La conferencia prestó especial atención al grave problema de las solicitudes de conversión (...). Como custodios y defensores de la Tradición, los rabinos reunidos en conferencia declaran solemnemente, para evitar dramas familiares irreparables y preservar la unidad de las comunidades, que los matrimonios, divorcios o conversiones no serán válidos y no podrán ser reconocidos a menos que se ajusten, en todos sus detalles, a las disposiciones de nuestro código religioso. La Conferencia exhorta a los fieles a no recurrir, en los matrimonios, divorcios o conversiones, a ministros reformados, liberales o de otras tendencias, que no se sientan obligados a seguir la auténtica tradición del judaísmo, tal como la define la *Halakha*. Mientras que los católicos abrieron las puertas con el Concilio a los matrimonios mixtos y a la corriente liberal, ¡los rabinos cerraron todas las puertas a las innovaciones contrarias a la más estricta tradición! En cuanto a los *avances* del Concilio, la respuesta fue igualmente clara: "Ante ciertas declaraciones aparecidas en la prensa, favorables a la participación judía en el Concilio Ecuménico, la

Conferencia se siente en el deber de señalar que el judaísmo no puede intervenir en modo alguno en el problema de la unidad de los cristianos, que es el objeto del Concilio y que, por definición, sólo puede interesar a los cristianos. De acuerdo con todo el judaísmo, la conferencia ha tomado nota con satisfacción de los cambios introducidos recientemente por el Papa Juan XXIII en la liturgia, destinados a suprimir el carácter ofensivo para los judíos y la religión judía de ciertos textos de la liturgia católica. A sus ojos, estos cambios demuestran la voluntad sincera y decidida del Vaticano de eliminar prejuicios y malentendidos" ([16]). El mensaje de los rabinos es claro: somos los custodios de la Tradición judía, y no nos moveremos de ahí; si los católicos quieren cambiar y hacer enmiendas, que lo hagan: nos parece bien ([17]).

Juan XXIII pide a Bea un esquema conciliar sobre los judíos... (1 de febrero de 1962)

Tras esta digresión sobre la actitud de la ortodoxia judía, volvamos al trabajo de Bea. De las treinta reuniones registradas entre 1960 y 1964, muchas debieron tener lugar durante 1961, pero no tenemos constancia de ellas (al menos, yo no he encontrado ninguna, salvo la intervención de Isaac en el asunto Rinn). Pero el 25 de diciembre de 1961, con la carta apostólica *Humanae Salutis* (a la que volveremos), Juan XXIII convocó el Concilio Vaticano II, que debía comenzar el 11 de octubre del año siguiente. El tiempo se agotaba... y Bea intensificó los contactos. Una vez más, **la orden vino del propio Juan XXIII en persona**. "Desde abril de 1961, el Secretariado había concluido los esbozos sobre cuatro temas importantes: la pertenencia a la Iglesia de los bautizados no católicos, la estructura jerárquica de la Iglesia, el sacerdocio de todos los fieles y la posición de los laicos en la Iglesia y, por último, los aspectos ecuménicos de ciertas fórmulas litúrgicas". No obstante, los esquemas se remitieron a las Comisiones conciliares competentes, que debían examinarlos. Sin embargo, "en la audiencia concedida al cardenal **el 1 de febrero de 1962, el Papa [Juan XXIII] decidió que el Secretariado propusiera los esquemas sobre la libertad religiosa y el relativo a los judíos** directamente a la Comisión central preparatoria, sin que interviniera ninguna otra comisión" ([18]). Juan XXIII, por tanto, quería los textos conciliares sobre la libertad religiosa (*Dignitatis Humamae*) y sobre los judíos (*Nostra aetate*). Los quería en la forma más extrema (los esquemas del Secretariado fueron enmendados y moderados varias veces antes de ser finalmente aprobados), y quería un trato preferencial para ellos,

“encomendando” el asunto exclusivamente al Secretariado de Bea, con la exclusión de la Comisión Doctrinal del Cardenal Ottaviani.

... ¡y la B’nai B’rith redacta el esquema! (27 de febrero de 1962)

Poco después, “el *Memorándum* que el Cardenal había pedido a Nahum Goldman” el 26 de octubre de 1960 “fue entregado el 11 de febrero de 1962 y presentado por el Dr. Goldman, del *Congreso Judío Mundial*, y Label A. Katz, de *Benai Berith*, en nombre de la *Conferencia Mundial de Organizaciones Judías*” ([19]). Ciertamente, las “sugerencias” elaboradas en las logias de la *B’nai B’rith* habrán sido tenidas debidamente en cuenta, para la preparación de *Nostra aetate*, por Bea y Roncalli que las habían solicitado. Los sacerdotes autores del texto reservado a los Padres conciliares, *La acción judeo-masónica en el Concilio*, afirman que el memorial “contiene en su totalidad las tesis del *decreto sobre los judíos* presentado por el *Secretariado para la Unión de los Cristianos* a la asamblea plenaria del Concilio” ([20]). A la espera de leer (o publicar) el *Memorándum* presentado por *B’nai B’rith* a Bea, contentémonos con la declaración del conocido diario parisino *Le Monde*: “La organización judía internacional *B’nai B’rith* ha manifestado el deseo de establecer relaciones más estrechas con la Iglesia católica. Ahora ha presentado una declaración al Concilio en la que afirma la entera responsabilidad de la humanidad por la muerte de Cristo. Si esta declaración es aceptada por el Concilio, —ha declarado Label Katz, presidente del *Consejo Internacional de B’nai B’rith*— las comunidades judías buscarán los medios para cooperar con las autoridades de la Iglesia”. ([21]) No es temerario, por tanto afirmar, tras la audiencia con Jules Isaac y la presentación del *Memorándum* Goldman-Katz, que el documento *Nostra aetate* fue inspirado y encargado por las logias masónicas de *B’nai B’rith*.

Label Katz,
presidente del Consejo Internacional de la B’nai B’rith

El caso Chaim Wardi (junio-agosto de 1962) echa por tierra el decreto sobre los judíos

Todo iba de maravilla para el cuarteto Roncalli-Bea-Goldman-Katz. Para llevar a cabo sus planes, los tres últimos se reunieron en Roma el lunes de Pentecostés, que cayó el 2 de junio de ese año. La agencia de noticias *Kipa* informó el 12 de junio que "el profesor Nahum Goldman, presidente del *Congreso Judío Mundial*, visitó al cardenal Augustine Bea, presidente del *Secretariado Preparatoria del Concilio* (sic) para la unión de los cristianos, el lunes de Pentecostés. La reunión tuvo lugar en la residencia romana del cardenal y duró una hora. No hay detalles sobre la reunión hasta el momento" ([22]). La misma agencia siguió con otra noticia muy importante, que revela parcialmente el tema de las discusiones de Bea, Goldman y Katz: "Por otra parte, se ha informado de que el Dr. Chaim Wardi, hasta ahora director del Departamento de Asuntos Cristianos del Ministerio israelí de Asuntos Religiosos, se instalará en Roma en julio. Su tarea consistirá en seguir de cerca el curso del Concilio Vaticano II y, más concretamente, en informarse de todas las cuestiones judías que pueda tratar el Concilio. Como es sabido, el cardenal Bea declaró recientemente a la prensa extranjera en Roma que el secretariado que dirige había tratado algunos problemas relativos al judaísmo durante cinco sesiones" ([23]). Ya en diciembre de 1960, Bea se esforzaba, en efecto, por realizar, según sus propias palabras, "el hecho que resultó ser simplemente determinante para el aspecto ecuménico que dominó el Concilio y que contribuyó en gran medida a sus resultados ecuménicos", a saber, "la presencia de observadores de Iglesias y Comunidades eclesiales no católicas" ([24]). Juan XXIII anunció públicamente la decisión de que estos "observadores" no católicos asistieran al Concilio en la Bula de convocatoria del Concilio, *Humanae salutis* (25 de diciembre de 1961). ¿Habría habido también judíos? Un artículo en el *Jerusalem Post* del 14 de enero de 1962 sugería que los habría: "Ciertos círculos judíos, **más políticos que religiosos**, han enviado algunos emisarios discretos para averiguar si el Concilio no sería el signo de una cierta reforma", escribía el periódico israelí de Geoffrey Wigoder. El Papa Juan ya ha dado muestras de valentía e independencia de carácter al hacer suprimir varios rastros de antisemitismo en la liturgia católica y es conocido por su actitud abierta hacia los no católicos. Aunque no se espera que los judíos sean invitados a participar en el Concilio, la prensa habló de la posibilidad de que asistieran observadores judíos; según el Vaticano, estos observadores no serían portavoces de ninguna organización en particular, sino "expertos en derecho judío y religión judía" (...). Cabe señalar que muchos miembros del Secretariado (para la unión de

los cristianos) son expertos en relaciones judeo-cristianas. En particular, Monseñor Oesterreicher, director de un instituto de estudios judeo-cristianos en Estados Unidos; el padre Leo Rudof, de la iglesia de la Dormición en el monte Sión, y el padre Demann, francés, que inició una encuesta sobre los 2000 libros escolares en francés para estudiar su posición sobre las cuestiones judías" ([23]). Mientras el Secretariado trabajaba sin cesar en la "operación de invitación de observadores", y recogía adhesiones de herejes y cismáticos de todo el mundo, el gobierno israelí también quería enviar a los suyos, con el acuerdo del propio Bea. ¿Por qué molestarse? ¡El plan parecía haber triunfado plenamente! En marzo, Juan XXIII había bendecido a los fieles que salían de la sinagoga. Los círculos judíos italianos se alegraron. Reunida en Castiglioncello, Toscana, del 29 de abril al 1 de mayo, la *Federación de la Juventud Judía de Italia* debatió sobre "El Vaticano y el judaísmo". "La importante iniciativa de invitar a los protestantes a participar en el próximo concilio ecuménico —dijo en aquella ocasión Enrico Modigliani— tiene, en mi opinión, un profundo significado: la voluntad del catolicismo de reabrir el diálogo con los no católicos en general... Esta forma de actuar de la Iglesia romana podría transformar su actitud hacia los judíos, reconsiderando la relación entre la Iglesia y el judaísmo. Podríamos asistir así a un diálogo que **no tiene como objetivo la conversión de los interlocutores**, sino la clarificación de las posiciones mutuas. Para que ese diálogo tenga lugar y la opinión pública lo comprenda, sin cambiar, por supuesto, su teología, **es necesario que la Iglesia depure su doctrina** de esa aversión a los judíos que a menudo ha dado lugar a formas de antisemitismo, y que es contingente, extrínseca y, me atrevería a decir, anticristiana. **En otros tiempos, habría sido una locura pedir a la Iglesia un comportamiento semejante. Hoy no. Desde los primeros años de su pontificado, Juan XXIII ha mostrado una generosa sensibilidad hacia el problema judío**. Todo el mundo conoce, entre otras cosas, la corrección que hizo de la liturgia del Viernes Santo. Por supuesto, esto es sólo un comienzo, pero da motivos para esperar que continuará por este camino..." ([25]). En este clima, Bea, Goldman y Katz habían pensado que enviar un observador judío al Concilio pasaría... ¡desapercibido! La elección, sin embargo, no podía haber sido peor. Inevitablemente, Bea quiso hacer pasar la cuestión judía como exclusivamente religiosa; hemos visto que el propio *Jerusalem Post* declaró que el interés judío por el Concilio procedía de círculos políticos y no religiosos. De hecho, el observador elegido entre estos círculos no era sólo un miembro del *Consejo Judío Mundial*, sino también un funcionario del gobierno israelí del Ministerio de Cultos. Por supuesto, Wardi había dimitido del ministerio para la ocasión, pero la maniobra no engañó a nadie... Así, el anuncio de la

llegada de Wardi suscitó “una tormenta de protestas de los Estados árabes” ([26]), que temían la injerencia del gobierno sionista en los trabajos del Concilio. El resultado fue desastroso para los intereses judíos. La primera consecuencia fue que el plan sobre los judíos preparado por Bea con dos años de trabajo “de un día para otro, se vino abajo” ([26]). De hecho, el 20 de junio se reunió la Comisión Central Preparatoria del Concilio. El cardenal Bea temía, en efecto, encontrar algunas dificultades, y trató de prevenirlas. Por ello preparo un breve informe sobre el plan *De Judaeis*. El Padre Schmidt informa: “En este informe el Cardenal menciona **el encargo explícito dado al secretariado por el Papa, es decir, de ocuparse de los muchos prejuicios, también extendidos entre los católicos, respecto a los judíos, especialmente el hecho de que se les considera ‘deicidas’ y ‘malditos por Dios’**. (...) El Cardenal añade a continuación, refiriéndose a la tormenta que se avecina: ‘Cuestión completamente distinta es establecer si en las circunstancias concretas es oportuno y prudente proponer este decreto’ y menciona la enemistad entre judíos y árabes, situación ‘sobre la que el Eminentísimo Cardenal Secretario podrá informar con más detalle’. Es evidente que el Presidente del Secretariado, al preparar su informe, ya preveía lo que iba a suceder...”. ([27]) y se cubría con la autoridad de Juan XXIII. “El Eminentísimo Cardenal Secretario” de Estado, sin embargo, no se dejó impresionar. «El acta de la Comisión Central del 20 de junio informa de manera casi glacial de una propuesta del cardenal secretario de Estado Amleto Cicognani: “Se ha discutido con Su Eminencia el Cardenal Bea si sería oportuno presentar a esta Comisión Central e incluir en las Actas del Concilio Ecuménico el ‘decreto sobre los judíos’ preparado con tanta caridad por el propio Cardenal. Me ha parecido inoportuno... Se propone, pues, que el Concilio no tenga en cuenta este decreto y que no figure en las Actas del Concilio” ([26]). Cicognani daba dos razones para esta inadecuación: que el decreto no se ajustaba a la finalidad del Concilio (la unidad de los cristianos no concernía a los judíos) y que podía interpretarse como un apoyo político a Israel, provocando la reacción de los Estados árabes: “ya se oye el ruido”, añadía, aludiendo a las protestas por el envío de Chaim Wardi a Roma como observador. Así, “el esquema relativo a las relaciones con el pueblo judío fue ciertamente eliminado del programa del Concilio” ([28]). La debacle se hizo pública en agosto, cuando la misma agencia de noticias *Kipa*, que había mencionado triunfalmente la llegada de Chaim Wardi a Roma, tuvo que anunciar que el israelí se quedaría en casa: «Contrariamente a lo anunciado anteriormente, Israel no enviará observadores al Concilio. De hecho, el Dr. Chaim Wardi (...) debía seguir los trabajos del Concilio, y especialmente

mantenerse al corriente de todas las cuestiones que pudieran afectar al judaísmo. Esta decisión fue tomada por el gobierno israelí. Tras las reacciones de los países árabes, el gobierno israelí revocó su decisión y declaró que no podía enviar un observador al Concilio. Así —se dice en círculos bien informados— el Vaticano se ahorrará una 'situación embarazosa'» ([29]). No se podía argumentar, con el cardenal Bea, que el plan sobre los judíos sólo tenía un interés religioso, ya que el *Jerusalem Post* y el propio gobierno israelí dejaban claro exactamente lo contrario.

Oposición inicial a la apertura a los judíos: ¿política o religiosa?

La del cardenal Cicognani fue la primera oposición abierta al plan conciliar sobre los judíos. Bea se esforzó en señalar que «el esquema había sido retirado del programa del Concilio 'no por las ideas y la doctrina expuestas en él, sino sólo por ciertas desafortunadas circunstancias políticas de aquellos días'» ([26]). Su secretario y biógrafo, el padre Schmidt, es de la misma opinión: "Carece de fundamento —escribe— la afirmación de R. Kaiser de que fue el Santo Oficio quien incitó a los países árabes" ([30]). Por supuesto, ¡los países árabes no necesitaban al Santo Oficio para ser "incitados" contra Israel! Sin embargo, ¿tienen razón el cardenal Bea y el padre Schmidt al sostener que la oposición al esquema judío no tenía una motivación doctrinal, sino sólo una conveniencia política? De hecho, eso es lo que parece decir el propio cardenal Cicognani... Sin embargo, se puede dudar de ello. El padre Schmidt describe tanto la importancia religiosa del esquema como la "inmensa" oposición a él: "Todos los documentos preparados y apoyados por el Secretariado costaron mucho esfuerzo y ansiedad, y esto es particularmente cierto en el caso del documento sobre la libertad religiosa. Ahora bien, el Cardenal no estaba tan comprometido con ninguno de ellos como lo estaba con la citada declaración [*Nostra aetate*], especialmente con la parte relativa al pueblo judío. (...) Así pues, la **lucha** por este documento y los **dramáticos** acontecimientos por los que tuvo que pasar calaron tan hondo en su alma" que él mismo declaró: "si hubiera podido prever todas las dificultades que habríamos encontrado, no sé si habría tenido el valor de emprender el camino". Se trataba, prosiguió Bea, del "problema bimilenario, tan antiguo como el cristianismo mismo, de las relaciones de la Iglesia con el pueblo judío": una cuestión dogmática y religiosa por excelencia, aunque el impulso de hablar de ello procediera de un motivo político, "el espantoso exterminio de millones de judíos por el régimen nazi en Alemania". El Concilio, recordó Bea, no se limitó a "un decreto puramente práctico o a una simple condena del antisemitismo", sino que situó el problema y su solución

“sobre profundos fundamentos bíblicos” ([31]). Dada la importancia vital de este asunto para el cristianismo, ¿cómo no sorprenderse de que hubiera “**inmensas dificultades y obstáculos** que habrían intentado impedir que el Concilio se pronunciara sobre esta delicada cuestión”? ([32]). ¿Todas dificultades políticas? El propio Schmidt se contradice cuando relata las palabras (ya citadas) que Bea dirigió a Goldman, en las que preveía violentas oposiciones de sus colegas de la Curia. Así que, por una vez, me parece que Zizola no se equivoca cuando, refiriéndose a las motivaciones de Cicognani para suprimir el esquema sobre los judíos, escribe: “La rapidez con la que se captó esta motivación política para descartar el esquema, la desproporción entre la premisa política y la conclusión —no el aplazamiento, sino la cancelación pura y simple del texto del horizonte conciliar— parecen indicar la existencia de otras dificultades internas más sustanciales”. Como prueba de ello, Zizola cita dos textos, de 1948 y 1950, que el cardenal Ottaviani había preparado para el Concilio que Pío XII tenía previsto convocar; en ellos se llama a los infieles a volver “al redil de Pedro” y a los judíos “a reconocer en Cristo a su Mesías y Redentor universal”. Evidentemente, se trataba de “una visión que el esquema de Bea se había replanteado claramente” ([33]). Sin embargo, aparte de Ottaviani (que no era especialmente sensible a la cuestión judía y, de hecho, mostró cierta simpatía por Israel en clave anticomunista) ([34]) y de los Patriarcas de rito oriental (que podrían haber sido más sensibles a los movimientos políticos, al vivir en países árabes), la opción fue asumida principalmente por laicos y sacerdotes católicos (especialmente mejicanos y franceses) y, entre los Padres conciliares, por Mons. Luigi Carli, entonces obispo de Segni (más tarde transferido a la archidiócesis de Gaeta) asistido por monseñor Marcel Lefebvre y monseñor Geraldo de Proeiuça Sigaud. La motivación política no les atraía, por lo que la oposición era al plan en sí, más que a su conveniencia política (pero este no es realmente nuestro tema, ya que el esquema sobre los judíos se discutió en el Concilio tras la muerte de Juan XXIII).

La astucia de Bea

Como prueba de que la intervención del cardenal Cicognani no estuvo dictada únicamente por el temor a irritar a la diplomacia árabe, existe una segunda intervención del mismo prelado. “Mientras sucedían estas cosas [es decir, la anulación del esquema conciliar sobre los judíos] él [Bea] preparaba un estudio que debía introducir especialmente a los círculos católicos en el meollo del problema. El libro llevaba por título: *¿Son los judíos un pueblo ‘deicida’ y ‘maldito por Dios’?*, y debía ser publicado en la conocida

revista jesuita italiana *La Civiltà Cattolica*, que en aquel momento tenía una tirada de unos 16.000 ejemplares. Cuando se llegaron a los segundos borradores, el Cardenal Secretario de Estado pidió a Bea que pospusiera la publicación para no irritar más a los Estados árabes" ([35]). En este caso, el problema árabe parece cada vez más una excusa: ¡un artículo en una revista ciertamente no tiene el valor de un documento conciliar! Monseñor Willebrands reveló recientemente que Bea decidió presentarlo "solo por el momento", por temor a comprometer los otros esquemas que su Secretariado estaba preparando, el de ecumenismo y el de libertad religiosa. Entonces, astutamente, encontró una solución...

> «El Cardenal Willebrands describe los hechos de la siguiente manera: 'Además de *La Civiltà Cattolica*, el estudio del Cardenal también debería haber aparecido en la revista alemana *Stimmen der Zeit* y en la revista belga *Nouvelle Revue Théologique* de Lovaina. Después de que se suspendiera su publicación en *La Civiltà Cattolica*, la redacción de *Stimmen der Zeit* insistió en tener el texto. Le dijeron que se pondría a su disposición, con la condición de que otra persona firmara el artículo" ([35]). Así, en octubre de 1962 (el Concilio se había inaugurado el 11 de octubre), el artículo prohibido de Bea salió a la luz, en contra del cardenal Cicognani, bajo el nombre del padre Ludwig von Hertling (también jesuita). "Las cosas no se detuvieron ahí", continúa Willebrands. Casualmente, "el artículo fue descubierto por un judío de Génova, el Sr. Raffaele Nahum, y obtuvo permiso para traducirlo y distribuirlo en varios idiomas. Lo hizo traducir al inglés, francés e italiano. En el otoño de 1963, se difundió entre los Padres Conciliares, en quienes su orientación —la esencia de la obra del Cardenal—, de esta manera, ejerció una notable influencia ([35]). Sin embargo, Bea no se conformó con haber engañado al Cardenal Cicognani utilizando a Hertling y Nahum; quiso hacerlo directamente, utilizando su prestigioso nombre. Así que, "no se rindió" y, un mes después de la prohibición, viajó a Londres. Así, en agosto, cuando se hizo público que el Dr. Wardi había sido devuelto al remitente, Joel Cang, editor del *Jewish Chronicle*, solicitó entrevistar al anciano pero vivaz cardenal. Bea, obedientemente, declaró que "no tenía intención de conceder una entrevista propiamente dicha" ... sin embargo, "estaba dispuesto a explicar por qué y de qué manera la Iglesia Católica está decidida (...) a abordar la cuestión del pueblo judío"» ([35]).

Por supuesto, Bea no dijo la verdad. No dijo que el esquema se hubiera desestimado. De hecho, afirmó. lo contrario, sosteniendo que «el incidente relativo al envío del Dr. Wardi (...) 'no cambiará en absoluto la actitud y la

política fundamental de la Iglesia Católica'» ([35]). En cuanto a "por qué la Iglesia decidió hablar sobre el problema judío", dijo que la Iglesia Católica no quería ser superada por el *Consejo Ecuménico de las Iglesias*, que acababa de condenar el antisemitismo, ocultando en cambio el hecho de que esta decisión surgió por iniciativa de los masones de *B'nai B'rith*. Finalmente, durante la entrevista-no-entrevista, expuso su tesis sobre el "deicidio", que no era ni más ni menos que la de Jules Isaac, que el cardenal Cicognani le había prohibido divulgar ([36]).

Juan XXIII relanza el esquema contra los judíos (13 de diciembre de 1962)

En este punto, de agosto a diciembre de 1962, los partidarios y los opositores del decreto sobre los judíos jugaron sus cartas para aprobar o, por el contrario, anular definitivamente el esquema y, al mismo tiempo, el plan que los *B'nai B'rith* habían concebido y comenzado con la visita de Julio Isaac a Juan XXIII. El tiempo se agotaba, pues el 11 de octubre Juan XXIII inauguraba la primera sesión del Concilio (con un famoso discurso que comentaré más adelante), la única que él dirigió. Cuando el primer período conciliar se cerró el 8 de diciembre del mismo año, nada había cambiado en el esquema sobre los judíos desde que Cicognani lo había hecho suprimir; la cuestión judía, la que más interesaba a Bea, ni siquiera había sido discutida en el Concilio, si excluimos una intervención del obispo mejicano de Cuernavaca, Méndez Arceo, quien pidió a la Iglesia un documento de reconciliación con los judíos y la masonería ([37]). Por el momento, sin embargo, toda la situación del *Secretariado* de Bea era extremadamente delicada, y el cardenal tuvo que actuar, como se ha dicho, con "prudencia y flexibilidad" ([38]). Como ya no era posible presentar un esquema separado, Bea pensó en insertar el rechazado en otros esquemas, como el de la Iglesia o el del ecumenismo: "con respecto al esquema sobre los judíos —afirma el acta de la reunión del *Secretariado para la Unidad de los Cristianos* del 26 de octubre, poco después de la apertura del Concilio— Su Eminencia [Bea] piensa que lo dicho en nuestro esquema podría insertarse en un lugar apropiado" ([39]). Unos días antes, el 19 de octubre, Juan XXIII había dado una vez más la razón al *Secretariado* de Bea, confirmando que era competente para presentar esquemas durante el Concilio, y no sólo en la fase preparatoria ya concluida ([40]). Había llegado el momento de recuperar todas las posiciones perdidas con el lamentable "caso Wardi"; Bea pensó pues, en diciembre, en apelar a Juan XXIII para poder volver a proponer el esquema sobre los judíos que había sido rechazado en junio. Al mismo tiempo, "el 3 de

diciembre de 1962 —escribe Zizola—, al regresar a sus residencias, los Padres Conciliares encontraron un gran volumen de 617 páginas, dirigido por desconocidos. En la banda exterior de la cubierta, se leía "recomendando respetuosamente a los ilustres Padres la lectura inmediata del Prefacio y el Índice". El volumen lanzaba un ataque contra supuestos "poderes ocultos" que pretendían manipular al Concilio, a su vez manipulados por fuerzas judías ([41]). Tenía por título *Complot contra la Iglesia*, y el autor era un tal Maurice Pinay, evidentemente un seudónimo ([42]). Al mismo tiempo, se desató una campaña anticristiana en el Estado de Israel, bajo la forma de un complejo "antimisionero". Toda la prensa, desde la izquierda a la derecha política y los círculos judíos más ortodoxos, denunciaron los medios "escandalosos" empleados por los misioneros para "convertir" a los judíos. (...) Se presentó un proyecto de ley con el objetivo de reducir las actividades de las diversas Iglesias exclusivamente a los cristianos, con el apoyo del mismo Ministro de Cultos que había decidido enviar a Chaim Wardi a Roma ([43]). Juan XXIII, en diciembre de 1962, contaba, por tanto, con todos los elementos para decidir con pleno conocimiento de causa. Fue entonces cuando, como se mencionó, Bea "regresó al cargo tras la conclusión del primer período del Concilio" (que tuvo lugar el 8 de diciembre). «En el informe oficial con el que en 1963 presentó al Concilio el esquema sobre la *Actitud de los católicos hacia los no cristianos y, principalmente, hacia los judíos*, [Bea] informa sobre el tema: "En diciembre del año pasado, expuse por escrito toda esta cuestión sobre los judíos al Sumo Pontífice Juan XXIII, de feliz memoria. Ya después de algunos días, el Papa me manifestó su plena aprobación". Como puede verse**, el Papa respondió con la misma prontitud con la que había procedido a establecer el *Secretariado***. En una hoja de papel sin rótulos, fechada el 13 de diciembre y escrita íntegramente de su puño y letra, el Papa dijo: '**Habiendo leído atentamente este informe del cardenal Bea, compartimos plenamente su gravedad y la responsabilidad de Nuestro interés'**. El *Sanguis ejus super nos et super filios nostros* no concede a ningún creyente en Cristo la exención de preocuparse por el problema y el apostolado de la salvación de todos los hijos de Abraham, así como de todo ser viviente sobre la tierra. *Te ergo qusesumus Tuis famulis subveni, quos prsetioso sanguine redimiti*. *Juan XXIII PP*.' [A ti, pues, te suplicamos: socorre a tus siervos, a quienes redimiste con tu preciosa sangre - ndt]» ([44]). Este texto de Juan XXIII es ambivalente. La segunda parte tiene un sabor ortodoxo y, como escribe el padre Schmidt, "ciertamente contiene algunos elementos que podrían perturbar al lector judío". Pero, como explica el propio Schmidt, siguiendo a Oesterreicher, "quien conoce al Papa

Juan XXIII comprenderá sin duda que se trata de una expresión de su caridad, formulada con su habitual sencillez, muy alejada de cualquier fin proselitista". La primera parte, en cambio, es absolutamente desconcertante para un católico, pues "comparte perfectamente" con ella un texto de Bea "leído con atención", ¡y que es irreconciliable con la doctrina católica! Por eso, el padre Schmidt concluye acertadamente: **"lo importante es que con este sencillo escrito el Papa Juan XXIII ha vuelto a poner el problema en la agenda del Concilio, convirtiéndose por segunda vez en el padre espiritual del futuro documento conciliar"** *Nostra aetate* ([44]).

Desarrollo de las relaciones judeo-cristianas hasta la muerte de Juan XXIII (junio de 1963)

Esta importante decisión de Juan XXIII fue tomada, como hemos visto, después de la clausura de la primera sesión del Concilio. No habría presidido ningún otro; la segunda sesión, en la que por primera vez se discutió en el aula el esquema sobre los judíos, tuvo lugar bajo su sucesor Pablo VI.

Mientras tanto, Juan XXIII había muerto en junio de 1963. Nos queda examinar, por tanto, los últimos seis meses del reinado de Juan XXIII desde el punto de vista de las relaciones con el judaísmo. Fueron meses de intensa actividad por parte del cardenal Bea, plenamente apoyado y alentado por Roncalli. El 16 de febrero de 1963, por ejemplo, Bea se reunió de nuevo en Roma con el presidente de la *B'nai B'rith*, Label Katz, para modificar, a la luz de los nuevos acontecimientos, "el plan inicial establecido en junio de 1962" ([45]). Según algunos autores, en esta u otra ocasión, el propio Juan XXIII recibió a Katz en audiencia ([46]). De los numerosos encuentros que tuvieron lugar en esos meses, el "más importante y significativo" ([47]) fue el que tuvo lugar en Nueva York el 31 de marzo de 1963 en el marco de la visita de Bea a los Estados Unidos, que constituyó "la culminación de la actividad personal del Cardenal" en ese período ([48]). La culminación de su actividad, porque "en ella —prosigue Schmidt— están representados todos los diversos campos de actividad del Presidente del *Secretariado para la Unidad de los Cristianos* hasta ahora mostrados: tanto el ecumenismo como las relaciones de la Iglesia con el pueblo judío", así como el "nuevo tema" del "problema de la reunión de los hombres en cuanto hombres bajo la soberanía de un Dios personal y, como consecuencia, el problema de la unidad de la humanidad también en el plano puramente humano" ([48]); para aclarar el concepto, este recorrido incluye la apertura a los herejes, a los judíos y a

los masones. Dada su importancia, nos detendremos en ello. En primer lugar, convengamos con Schmidt, en que "existe un **informe confidencial** sobre todo el viaje, que por el momento sigue siendo confidencial"; ¡hay hechos, por tanto, que ni siquiera en 1987, fecha del libro de Schmidt, pudieron ser revelados! Contentémonos con lo que es de dominio público (lo que no significa que lo sepa todo el mundo, ¡ni mucho menos!). Se dice que **el origen de la visita** está en las actividades del "**Encuentro *Ágape***". "¿De qué se trata? «El propio Bea explica así el concepto: 'Se trata de una iniciativa que pretende promover la superación de prejuicios, sospechas y resentimientos, cualquiera que sea su origen, mediante encuentros fraternos inspirados en el respeto mutuo, que a su vez se basa en el reconocimiento de la dignidad de la persona humana, de sus derechos y deberes, bajo la Soberanía de un Ser Personal Supremo, Dios, Padre benévolo y bondadoso de todos los hombres'.» ¡No se podrían describir mejor las actividades de una venerable Logia anglosajona! Sólo que, prosigue Bea, ese el *Ágape* "remite también, entre otras cosas, a la idea expresada por el Papa Juan XXIII en su radiomensaje en la vigilia del Concilio (11de septiembre de 1962), a saber, a la idea de 'fraternidad y amor, que son exigencias naturales del hombre, impuestas al cristiano como regla de la relación entre un hombre y otro hombre, entre un pueblo y otro pueblo'". Bea fue invitada por primera vez al VII *Ágape*, celebrado en Roma el 14 de enero de 1962 y organizada por la Universidad de Estudios Sociales *Pro Deo*, cuyo presidente era el padre dominico belga Félix Morlion, una figura enigmática y muy interesante, sobre la que volveremos a tratar ([49]). En el VII *Ágape* participaron representantes de 17 religiones o confesiones religiosas diferentes; el tema del encuentro fue: "Superar los prejuicios, la incomprensión, los antagonismos nacionales, raciales, religiosos y políticos". "Por parte de los judíos italianos —escribió Toaff— la delegación estaba formada por mí mismo, por el Presidente y el Vicepresidente de la *Unión de Comunidades Judías Italianas*, mientras que las organizaciones judías internacionales estaban representadas por el *Comité Judío Americano*. En su discurso de apertura, el cardenal dijo que el motivo de la reunión era buscar la colaboración de todos los creyentes en Dios (...) citando al Papa Juan XXIII (...). Se trataba de un lenguaje nuevo que sonó muy bien a oídos judíos (...)". ([49bis]). "Participando al año siguiente, el 13 de enero, en el octavo *Ágape*" por primera vez Bea "habló explícitamente de encuentros y colaboración entre miembros de diferentes religiones, sobre la base de una fe común en Dios y **en el respeto mutuo por la libertad religiosa de cada uno**". El número de religiones representadas había aumentado a 21, por lo que Bea dio un salto cualitativo, ha-

blando por primera vez en público "sobre el problema de la libertad religiosa". Esta conferencia fue seguida, incluso en la prensa romana, por una furiosa polémica, ya que todo el mundo se había dado cuenta de la contradicción entre la posición de Bea y la de la Iglesia ([50]). ¿Cómo reaccionó Juan XXIII? Tras el VII *Ágape*, informa el P. Schmidt, envió una carta de aplauso firmada por el Secretario de Estado ([50]). Después del VIII *Ágape*, lo hizo aún peor, ya que unos meses más tarde hizo suya la posición heterodoxa de Bea sobre la libertad religiosa en la famosa encíclica *Pacem in Terris*. Que Juan XXIII aprobaba el *Ágape* de Morlion lo confirma su apoyo al viaje de Bea a Estados Unidos. Sí, porque (por fin estamos llegando a ese punto) el motivo del viaje era un nuevo *Ágape* que ya no se organizaría en Roma sino en Nueva York y del que Bea iba a ser el presidente. Para evitar más críticas, Bea aclaró que no presidía la reunión en su calidad de presidente del *Secretariado para la Unidad de los Cristianos*, "sino sólo a título personal, como alguien que ama al hombre y a la humanidad y desea promover la fraternidad entre los hombres" ([51]).

> «La víspera de su partida hacia los Estados Unidos, Bea fue recibido en audiencia por el Papa Juan XXIII. Al final de la audiencia pidió la bendición. Sorprendido, con su conocida modestia, el Papa respondió avergonzado: 'Bendición... bendición, se puede hacer: que Dios Todopoderoso nos bendiga...'. Sin embargo, él acompañó al Cardenal con su oración. En efecto, después de la muerte del Papa, recibimos de su fiel secretario, Monseñor Loris F. Capovilla, la fotocopia de una hoja de calendario de mesa, fechada el 23 de marzo, con la siguiente nota: '**Siempre buen trabajo del Card. Bea, dignísimo Presidente del Secretariado para la Unidad de los Cristianos, muy bien merecido, que ahora parte para América, donde le espera la oportunidad de hacer mucho bien**. Deseo de todo corazón acompañarle con particular unión de espíritu y oraciones'». ([52])

El viaje duró diez días, del 27 de marzo al 5 de abril de 1963, pasando por Harvard, Boston, Nueva York, Baltimore y Washington ([53]). Por lo que respecta a nuestro tema, hubo dos encuentros significativos, ambos en Nueva York. La noche del 31 de marzo, Bea se reunió en la sede del *Comité Judío Americano* ([54]) con representantes de organizaciones judías, "una docena de personalidades (...) un poco de todas las variedades actuales". "También en esta ocasión, el ambiente fue verdaderamente excelente y fraternal" ([54]), ya que Bea no hizo más que repetir las tesis de Jules Isaac: ninguna responsabilidad por la muerte de Jesús, ningún castigo divino en el exilio del pueblo elegido, ninguna reprobación de su pueblo por Dios.

¿Cómo no iban a alegrarse de oír a un cardenal renegar de la Iglesia, haciéndose eco de las tesis preconcebidas por el "hermano" Isaac? Al día siguiente, 1 de abril, tuvo lugar el *Ágape*, que reunió a un millar de personalidades, entre ellas, además de Bea, el alcalde de Nueva York, Wagner, el gobernador Rockefeller, el pastor H. P. Dusen (protestante), el rabino Abraham J. Heschel, profesor del Seminario Teológico Judío, el musulmán Zafrulla Khan y el budista U Thant, ambos de las Naciones Unidas, y el padre Morlion. Tema (masónico) del encuentro: *La unidad cívica y la libertad bajo Dios*. La presencia del rabino Heschel ([56]) es significativa. Heschel admiraba a Bea hasta el punto de decir de él, casi canonizándole: "La rara combinación de sabiduría, conocimiento y santidad de este hombre verdaderamente grande ha hecho de él una de las más ricas fuentes de consuelo en una época llena de tinieblas. (...) Su nombre será apreciado por el pueblo judío, y por todos los hombres de buena voluntad, como un inspirado arquitecto del entendimiento religioso, y seguirá siendo una bendición para siempre" ([57]). ¡Semejante amor presupone un profundo conocimiento! De hecho, Schmidt escribe: "Ya en noviembre de 1961, A. J. Heschel fue recibido repetidamente por el Cardenal en Roma" y "como colega científico de Bea y también exégeta, ejerció una influencia considerable en la elaboración de *Nostra aetate*" ([58]).

Nueva York, 31 de marzo de 1963: El cardenal Bea en compañía del rabino Abraham J. Heschel

Por segunda vez, tenemos una confirmación de suma importancia de que fueron los judíos quienes escribieron el documento conciliar que todos los católicos deberían creer que es obra del Espíritu Santo. La colaboración

de Heschel con su “colega” Bea también fue confirmada recientemente por fuentes judías. El rabino Rosenberg escribe: “En su experiencia vital, Heschel aplicó los ideales sobre los que escribió. Estuvo en primera línea en Estados Unidos en la lucha por los derechos civiles y como opositor público a la guerra de Vietnam. **También desempeñó un papel importante como consultor del Vaticano en la década de 1960, cuando la Iglesia católica estaba desarrollando sus actuales puntos de vista sobre el judaísmo y otras religiones y sobre cómo tratarlos en las enseñanzas de la Iglesia**” ([59]). Ninguna duda, pues, sobre el verdadero origen del importante documento del Concilio Vaticano II ...

En el sótano de la Sinagoga de Estrasburgo

Cuando el cardenal Bea regresó de Estados Unidos, encontró a Juan XXIII con mala salud: le quedaban menos de dos meses de vida. El examen de las relaciones entre Angelo Giuseppe Roncalli y las comunidades judías debería, por tanto, concluir con este viaje del cardenal Bea. En realidad, todavía quedan muchas cosas por decir. Hasta ahora sólo hemos hablado de hechos y acontecimientos que son de dominio público o que, como la visita de Jules Isaac descrita en el último episodio, posteriormente se han convertido en tales. Sin embargo, muchas cosas siguen aún ocultas y sólo poco a poco y de manera fragmentaria llegan a la atención de un pequeño número de lectores atentos. Sólo en los años 1986-1987, por ejemplo, se conoció la noticia de lo que Jean Madiran llamó “el acuerdo secreto de Roma con los dirigentes judíos” ([60]), refiriéndose al más conocido acuerdo “Roma-Moscú”, que tuvo lugar también bajo Juan XXIII. Madiran cita dos artículos de Lazare Landau, publicados en el semanario Estrasburgo-París, dirigido por el rabino Jacquot Grünewald, *Tribune Juive*.

El primer artículo se encuentra en el nº 903 (17-23 de enero de 1986), el segundo, más detallado, en el nº 1001 (25-31 de diciembre de 1987). Valdría la pena citarlo íntegramente... Limitémonos a una parte del segundo artículo: “En una brumosa y gélida tarde del invierno de 1962-1963 —escribe Landau— acudí a una invitación extraordinaria del *Centro Comunitario por la Paz* de Estrasburgo. Los dirigentes judíos recibieron **en secreto.** en el sótano, a un enviado del Papa. Al final del sábado, éramos una decena de nosotros los que recibimos a un dominico vestido de blanco, el R. P. Yves Congar ([61]), encargado por el cardenal Bea, en nombre de Juan XXIII, de preguntarnos, a las puertas del Concilio ([62]), qué esperábamos de la Iglesia católica (...). Los judíos, mantenidos al margen de la sociedad cristiana durante casi veinte siglos, tratados a menudo como inferiores, como enemigos

y deicidas, pidieron su completa rehabilitación. (...) El mensajero blanco (...) regresó a Roma, trayendo consigo innumerables peticiones que reconfortaron las nuestras. Después de difíciles debates (...) el concilio accedió a nuestros deseos. **La declaración *Nostra aetate* n. 4 constituyen —me confirmaron el Padre Congar y los tres redactores del texto— una verdadera revolución en la doctrina de la Iglesia sobre los judíos (...). Desde el momento de la visita secreta del Padre Congar a un lugar oculto de la sinagoga, en una fría noche de invierno, la doctrina de la Iglesia había sufrido efectivamente un cambio total**" ([60]). ¿Cuántas otras reuniones en los sótanos de las sinagogas, cuántos otros acuerdos secretos para "cambiar totalmente la doctrina de la Iglesia" hubo en aquellos años, bajo la responsabilidad de Juan XXIII?

Responsabilidad de Juan XXIII

¿Cuál fue exactamente la responsabilidad de Juan XXIII? ¿Se daba cuenta de lo que hacía al apoyar y aprobar al cardenal Bea? ¿O lo hizo por una caridad equivocada? ¿O por deseo de agradar y complacer? Las **intenciones** de Juan XXIII se nos escapan, y sólo las conoce Dios, que ya ha juzgado. Los hechos permanecen. Cualesquiera que sean las intenciones, uno puede preguntarse cómo un auténtico sucesor de Pedro puede:

1) ¿Haber cambiado la liturgia católica en sentido ecumenista, suprimiendo sistemáticamente toda referencia litúrgica (y devocional) a una doctrina sostenida por la unanimidad de los Padres?

2) ¿Haber colaborado y apoyado asociaciones objetivamente anticristianas y vinculadas a la masonería?

3) ¿Haber aprobado la doctrina contenida en el esquema del cardenal Bea, aún más explícita que la efectivamente "promulgada" por el Concilio Vaticano II en la Declaración conciliar *Nostra aetate* ([63])?

Poco antes de la aprobación definitiva de la Declaración *Nostra aetate*, algunos católicos "tradicionalistas" hicieron circular entre los Padres Conciliares un documento de cuatro páginas firmado por 31 asociaciones, titulado: "Ningún concilio, ningún papa puede condenar a Jesús, a la Iglesia católica, apostólica y romana, a sus pontífices y a los más ilustres Concilios. Ahora bien, la declaración sobre los judíos implica implícitamente tal condena y, por esta excelente razón, debe ser rechazada". En el texto se decía, entre otras cosas: "Los judíos ahora quieren empujar a la Iglesia a condenarse tácitamente y a negarse a sí misma ante el mundo entero. Es evidente

que sólo un antipapa o un conciliábulo podría aprobar una declaración de este tipo" ([64]).

Juan XXIII no la promulgó oficialmente, sino que la aprobó, como hemos demostrado, totalmente. Lo cual plantea, como mínimo, un problema que merece una investigación más a fondo.

San Juan XXIII y San Julio Isaac

Si las cosas están así, entendemos el entusiasmo de alguien como Paul Giniewski. A una nueva doctrina corresponde una nueva Iglesia, con sus nuevos santos. El Concilio fue sólo el comienzo; como dice Juan Pablo II, es como el Adviento con respecto a los acontecimientos del Tercer Milenio. Para este futuro ya próximo, he aquí lo que propone Giniewski:

> "Una Iglesia que suprima la santidad de San Juan Crisóstomo, por su lengua de víbora; de San Luis, que abogaba por el diálogo con los judíos pasándolos por el filo de la espada; sustituyendo a los santos fanáticos, perseguidores y asesinos, por nuevos santos: San Julio Isaac y San Juan XXIII. (...) Nada nos impide esperar su venida, soñar con un nuevo Juan XXIII que tomaría un nombre desafiante, un nombre programático, un nombre emblemático: el de Juan XXIV. Él convocaría el Concilio Vaticano III y pediría al Estado de Israel que lo acogiera en su capital unificada y eterna. Los cristianos, amigos de los judíos, se reunirían en el Concilio de Jerusalén. Juan XXIV proclamaría allí la encíclica *Pro Judaeis*, afirmando claramente el vínculo del pueblo judío con su nueva tierra (...). En este *Nuevo Evangelio Judío*, el fariseo Jeshua [Jesús] se levantaría contra el poder romano y moriría por la liberación de su país, Israel, y su pueblo, los judíos. Allí se deploraría la injusta crucifixión de los judíos y sus dos mil años de pasión. Lo que se ha perpetrado en Santa Gúdula de Bruselas, en Rinn, en Oberammergau, en Pulkau, en Segovia, lo que se ha predicado en los catecismos y en los libros de historia sería admitido y desautorizado. (...) Todo sería puesto en práctica para rehabilitar a los judíos calumniados y vilipendiados. Quedaría claro quiénes son los sucesores de los crucificadores romanos y de Pilato. Los judíos, desde la época romana, son el pueblo más antiguo colonizado. Con Juan XXIV, con el Concilio de Jerusalén, vendrían los tiempos de la descolonización. (...) ¿Es utópico, sacrílego, querer esta nueva era? Es necesario tanto para los judíos crucificados como para los descendientes de sus crucificadores. Esperarlo es una dicha. Aspirar a ello, una gracia. Es correcto, apropiado y opor-

tuno creer en tal transformación de las relaciones entre Israel y el cristianismo. Tal vez Juan XXIV escandalizaría, pero sólo a las almas arraigadas en la costumbre**. Cuando su obra esté terminada, nos asombraremos de que hayan sido necesarios tantos siglos para pasar de la Pasión según Juan a la Pasión según san Julio Isaac y san Juan XXIII**" ([65]).

Vaticano II, liquidación

«Los Padres conciliares han absuelto a los judíos de la acusación de deicidio; por tanto, en homenaje al nuevo principio de libertad religiosa, esto ya no sirve.»

Una viñeta de Guareschi de septiembre de 1968

Notas

1) Cf *Documentation Catholique*, 1960, columnas 382, 1419-1420. Véase también: *Osservatore Romano*, 19-10-1960.

2) En el *Sodalitium*, nº 26, pág. 8. Un pequeño detalle: en su discurso, Juan XXIII se jactó de haber salvado, durante la guerra, a miles de niños

judíos que viajaban en un barco de vapor rumano. De hecho, su memoria le jugó una mala pasada una vez más: había 769 refugiados judíos (de todas las edades), y el barco en el que viajaban no llegó a un "puerto seguro", sino que chocó contra una mina (ibidem, pág. 5).

3) GIANCARLO ZIZOLA. *Giovanni XXIII.* Laterza, Roma-Bari, 1988, pág. 221.

4) Se trata evidentemente del discurso pronunciado por Juan Pablo II en la Sinagoga de Roma (1986), citado por el P. Rosario Esposito en *Le grandi concordanze tra Chiesa e Massoneria*, ed. Nardini, Florencia, 1987, pág. 397. Véase también la entrevista del rabino Toaff con Francesco Viviano de *La Repubblica* (4 de noviembre de 1994, pág. 14): "Actualmente existe una comprensión que nunca antes había existido y (...) el mérito es de Juan XXIII, quien fue el primer papa en bendecir a los judíos que salían de la sinagoga. Recordaré esa escena mientras viva", dice Toaff... Entre los recuerdos más preciados del rabino Toaff en Italia se encuentra la histórica entrada de Juan Pablo II a la sinagoga en 1986. "Hasta que entramos no me lo creía —dice Toaff—, parecía un sueño, luego, cuando vi al papa entrar a mi lado, me relajé...". Según Monseñor Loris Capovilla (*Giovanni X X III nei ricordo del segretario Loris F. Capovilla.* Entrevista de MARCO RONCALLI con documentos inéditos. Ed. San Paolo, Cinisello Balsamo, 1994, págs. 34-35). Juan XXIII "se levantó en el coche y se quitó el sombrero en señal de respeto y solidaridad". No especifica si realizó o no el gesto de bendición atestiguado por todos los demás comentaristas.

5) PAUL GINIEWSKI, *La croix des Juifs*, Ed. MJR Ginebra, 1994.

6) *Haeretici* (...) *rito baptizandi sunt; sed prius errorum suorum pravitatem agnoscant et detestentur*...

7) ...*Sacerdos dicat:* (...) *Horresce Judaicam perfidiam, respue Hebraicam superstitionem*.

8) DON CURZIO NITOGLIA, *L'omicidio rituale*, en *Sodalitium*, nº 29, págs. 35-51.

9) P. GINIEWSKI, *op. cit*., pág. 270.

10) P. *Giniewski*, *op. cit*., pág. 330. No faltan casos como los de Deggendorf en Italia, Alatri, Trani, etc. Tarde o temprano no escaparán a las represalias...

11) STJEPAN SCHMIDT s.j., *Agostino Bea, il cardinale dell'unità*. Città Nuevo, Roma, 1987, pág. 568. "La lista fue preparada sobre la base de las agendas del cardenal y de su secretario personal" (ibidem), es decir, el propio padre Schmidt.

12) *Stjepan Schmidt* s.j., *op. cit.*, pág. 355.

13) NAHUM GOLDMAN. *Staatmann ohne Staat. Autobiographie*. Colonia-Berlín, 1970, págs. 378 y sigs. Citado por S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 356. Para mayor información sobre Goldman (o Goldmann, según otros), cf. *Encyclopedia Judaica*, Vol. 7, columnas 723-724, vol. 17, columna. 266. Nació en 1895 en Lituania; Posteriormente se convirtió en alemán, hondureño, estadounidense, israelí y suizo. Fundó la *Encyclopedia Judaica* y el *Congreso Judío Mundial*. Murió en 1982.

14) Cf. *Sodalitium* nº 38, pág. 6. Recordemos que el propio Goldman envió un telegrama al Superior General de los Jesuitas con motivo del ascenso de Bea al cardenalato (cf. *Sodalitium*, nº 38, pág. 5) y el rabino jefe de Roma, Toaff, testifica que conocía a Bea desde hacía tiempo: "Cuando me mudé a Roma desde Venecia [en 1951], comencé a frecuentar, para mis estudios, la biblioteca del Pontificio Instituto Bíblico (sic), dirigido por Monseñor Agostino Bea, persona de exquisita amabilidad, quien me colmó de atenciones. Nuestro conocimiento pronto se transformó en amistad..." (en ELIO TOAFF, *Perfidi giudei. Fratelli anziani*. Ed. Mondadori, Milán, 1987, pág. 215). Toaff continúa afirmando que Bea, para reparar el daño hecho por los alemanes a los judíos, tuvo la idea de convocar un concilio ecuménico. Verdaderamente es asombrosa tanta ignorancia de la Iglesia en una persona culta como Toaff (¡sólo el Papa puede convocar un concilio!).

15) Cf. *La Documentation catholique*, 1961, columnas 1187-1188.

16) Cf. *La Documentation Catholique*, 1962, columnas 150-152.

17) Los autores anónimos del dossier "reservado exclusivamente a los Reverendísimos Padres Conciliares", titulado *L'azione giudaico-massonica nel Concilio (sine loco et data)*, subrayan esta actitud de los rabinos. El cardenal Bea, escribe el expediente, afirma que su proyecto conciliar tiene fines religiosos, pero no políticos. Sin embargo, resulta muy extraño que el *Secretariado para la Unidad de los Cristianos* no contactara con las autoridades religiosas del pueblo judío, como los Grandes Rabinos de Nueva York, Londres o Roma, o los de Jerusalén o Tel Aviv, los únicos con personalidad jurídica y religiosa, para establecer contactos de este tipo a alto nivel. Ocurrió lo contrario: el cardenal Bea estableció relaciones desde el principio con altos líderes políticos masónicos como Label A. Katz, presidente mundial de la *B'nai B'rith*, una orden masónica exclusivamente para judíos, con Nahum Goldman, presidente del Consiglio Nazionale Giudaico (*sic*), y con altos funcionarios del *American Jewish Commitee* (páginas 16-17). El texto continúa citando declaraciones contrarias "al acercamiento espiritual entre judíos y católicos" del "Consejo Permanente de Rabinos de Europa", del

“Consejo Rabínico de América”, de los rabinos americanos Feuer y Lelyveld, del Gran Rabino de Jerusalén, etc. Sin embargo, no hay que creer en una oposición demasiado marcada entre rabinos y organizaciones judías como la *B’nai B’rith*; sólo que las tareas eran diferentes: mantener pura la tradición religiosa judía oponiéndose al “diálogo”, para los rabinos, cambiar tradición católica a través del “diálogo”, para la *B’nai B’rith*...

18) S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 374.

19) S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 374, nota 68. El texto del Memorándum reproducido en el “Simposio Card. Agostino Bea (16-19 de diciembre de 1981)”, Roma 1983, págs. 96 y sig., con un estudio de investigación de la *Liga Antidifamación de la Benai Berith*. Lamentablemente aún no he podido consultar las actas de este interesante Simposio y así tener conocimiento directo del *Memorándum*. Sobre Label Katz (1918-1975), cf. *Encyclopedia Judaica*, Vol. 10, columna. 825-826 evol. 17 columnas 644.

20) *Op. cit.*, pág. 10.

21) *Le Monde*, 19 de noviembre de 1963; cit. en AA.VV., *L’azione giudaico-massonica nel Concilio*, *op. cit.*, pág. 11.

22) Ciudad. de la *Documentation Catholique*, año 1962, col. 1130. La presencia de Katz está atestiguada por *L’azione giudaico-massonica* ..., pág. 10, que se basa en *La Civiltà Cattolica* del 18 de julio de 1964.

23) Cf DOCUMENTATION CATHOLIQUE, año 1962, columnas 1130-1131.

24) S. *Schmidt*, op. cit., pág. 377.

25) Texto completo en italiano (que no he consultado) en CIVILTÀ CATTOLICA del 16 de junio de 1962. Traducción parcial al francés en *Documentation Catholique*, año 1962, columnas 1131-1132. Texto italiano parcial y modificado (sin advertir al lector) en: ZIZOLA, *op. cit.*, pág. 221.

26) S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 400.

27) S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 401.

28) S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 566.

29) AGENCIA KIPA, 5 de agosto de 1962. Cit. de *Documentation Catholique*, año 1962, col. 1130.

30) S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 400, nota 178, con referencia al libro de Robert Kaiser, *Inside the Council. The story of Vatican II.* Londres 1963, pág. 215.

31) S. SCHMIDT, *op. cit.*, págs. 564-565. No es cierto, pues, que el Concilio se haya ocupado sólo de cuestiones "pastorales", y no de cuestiones dogmáticas que tocan datos revelados.

32) S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 566.

33) G. ZIZOLA, *op. cit.*, págs. 222-223.

34) Cf. EMILIO CAVATERRA. *Il prefetto del Sant'Offizio*. Mursia, Milán, 1990, págs. 109-110 y 143, donde compara a los israelitas con el héroe bíblico Judas Macabeo. También Ottaviani, según de Poncins (*I problema dei giudei in Concilio.* Sine loco et data, pág. 9), se reunió con Julio Isaac antes de la audiencia con Juan XXIII, aunque este encuentro no tuvo seguimiento.

35) S. SCHMIDT, *op. cit.*, págs. 566-567. El artículo del cardenal Bea fue publicado íntegramente en *La Civiltà Cattolica* en el número 3161 del 6 de marzo de 1981. MONSEÑOR PIER CARLO LANDUCCI, miembro de la Pontificia Academia Romana de Teología, refutó el artículo de Bea con un escrito titulado *La vera carita verso il popolo ebreo* y publicado por la revista teológica genovesa fundada por el cardenal Siri, *Renovatio* n. 3 [1982] págs. 369-363. El ensayo de Landucci también fue publicado por la revista francesa *La Pensée Catholique* n. 207 [1983]. Las reflexiones del cardenal Bea sobre la relación entre la "Iglesia y el pueblo judío" están ampliamente explicadas por S. SCHMIDT, *op. cit.*, págs. 589-613.

36) La DOCUMENTATION CATHOLIQUE (1962, col. 1132) recoge el resumen de la entrevista del 10 de agosto de 1962 que realizó la agencia de prensa K.N.A. realizado el 16 de agosto siguiente.

37) El discurso de Méndez Arceo tuvo lugar el 6 de diciembre, dos días antes de la clausura de la sesión (cf. P. RALPH WILTGEN s.v.d. *Le Rhin se jette dans le Tibre*. Ed. fr. du Cedre, París, 1976, página 164). Según el citado libro *L'azione giudaico-massonica nel Concilio* (pág. 2), el obispo de Cuernavaca también era de origen judío, "descendiente de los sefardíes que intentaron judaizar la población de Cotija en México" (pág. 9). Sobre el fenómeno de los Marranos ver DON CURZIO NITOGLIA en "*Sodalitium*" nº 39, página 4 y siguientes.

38) Cf. S. SCHMIDT, *op. cit.*, págs. 611-612.

39) S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 567.

40) S. SCHMIDT, *op. cit.*, págs. 452-454. El *Secretariado para la Unidad de los Cristianos* parecía ser "un órgano preconciliar, y no un órgano elegido por el Concilio. De ahí la pregunta: ¿qué pasará con los esquemas

preparados por el Secretariado? (...) Es significativo que, a pesar de la intensa actividad de aquel entonces, desde el 19 de octubre el Papa hiciese transmitir a través del Secretario de Estado la respuesta afirmativa: "en cuanto a la competencia sobre los esquemas, el Secretariado está en pie de igualdad con las Comisiones Conciliares".

41) Naturalmente Zizola quiere despertar en el lector la indignación ante las *delirantes calumnias* del libro en cuestión. Sin embargo, hemos visto que las intervenciones de la logia masónica judía *B'nai B'rith* en el Concilio no son una leyenda, sino una realidad, desconocida para la mayoría en aquel momento, pero hoy pacíficamente admitida por la propia *B'nai B'rith*.

42) G. ZIZOLA, *op. cit*., págs. 225. Cf. también S. SCHMIDT, *op. cit*., pág. 612. El libro de Maurice Pinay fue impreso en Roma por Tipografía Dario Detti con un prefacio fechado el 31 de agosto de 1962. El propio prefacio afirma que la preparación del libro duró 14 meses. Este libro ha sido traducido al alemán, español, portugués, etc. numerosas veces. La traducción al español (aunque probablemente el idioma original del texto sea el español) fue publicada con el *Imprimatur* de Mons. Juan de Navarrete, arzobispo de Hermosillo (Méjico), de 18 de abril de 1968. Sobre el libro de Maurice Pinay, véase también: DON CURZIO NITOGLIA, *Il complotto giudaico-massonico controla Chiesa Romana*, en *Sodalitium*, nº 37, págs. 33-45.

43) G. ZIZOLA, *op. cit*., pág. 226.

44) S. SCHMIDT, *op. cit*., pág. 568.

45) *L'azione giudaico-massonica nel Concilio*, *op. cit*., pág. 10.

46) E. RATIER, *Mystéres et secrets du B'nai B'rith*, Facta París 1993; *L'Azione giudaico-massonica nel Concilio*, *op. cit*., pág. 4: "Fue precisamente su actual presidente [de la *B'nai B'rith*] Label Katz quien se puso en contacto con el cardenal Bea, quien luego lo presentó a la presencia de Su Santidad Juan XXIII".

47) S. SCHMIDT, *op. cit*., pág. 569.

48) Para el viaje completo de Bea a los Estados Unidos, véase S. SCHMIDT, *op. cit*., págs. 464-470 y nota 60 pág. 464.

49) Para el lector curioso anticipamos: Morlion, probable espía de la CIA, fue expulsado de Roma por el cardenal Pizzardo en 1960. Su notoriedad se debe al papel que desempeñó al favorecer la intervención de Juan XXIII en el conflicto entre EE.UU. y la URSS a propósito de la crisis cubana, y que constituyó una etapa importante en la apertura de Roncalli a la

izquierda; cf. PETER HEBBLETHWAITE, *Giovanni XXIII, il Papa del Concilio*, Rusconi, Milán, 1989, págs. 628, 665-666.

49bis) ELIO TOAFF, *op. cit.*, pág. 215.

50) Cf. HEBBLETHWAITE, *op. cit.*, págs. 665-666; SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 468; ZIZOLA, *op. cit.*, pág. 223. Volveré a la cuestión de la libertad religiosa más adelante.

51) En aquella ocasión, Bea añadió: "Lo hice sobre todo porque en aquella época no existían todavía los dos Secretariados instituidos después por el Sumo Pontífice [Pablo VI] para los contactos con las religiones no cristianas y con los no creyentes"; cf. SCHMIDT, op. cit., pág. 468.

52) S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 469.

53) Algunas aclaraciones para los lectores estadounidenses. Bea fue acogido y apoyado sobre todo por el arzobispo de Boston, el cardenal Richard Cushing, y luego por el arzobispo de Baltimore (que era miembro del *Secretariado*), Mons. Shehan y finalmente por el arzobispo de Washington, O'Boyle. En Harvard, Bea se reunió con congregacionalistas y metodistas (del 27 al 29 de marzo) y en Nueva York, en el *Centro Luterano*, con representantes del *Consejo Mundial de Iglesias* (31 de marzo).

54) S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 569.

55) S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 466.

56) Abraham Joshua Heschel (1907-1972), judío jasídico polaco. Teólogo y escritor, emigró a Estados Unidos, donde enseñó en el *Seminario Teológico Judío*. Sobre Heschel, véase HANS KÜNG, *Ebraismo*, Rizzoli, Milán, 1993, págs. 451-459; *Encyclopedia Judaica* vol. 8, col. 426-427; ROY ROSENBERG, *L'Ebraismo, Storia, pratica, fede*. Oscar Mondadori, Milán, 1995, págs. 138-141.

57) S. SCHMIDT, *op. cit.*, págs. 839 y 841.

58) S. SCHMIDT, *op. cit.*, pág. 612, nota 179.

59) ROY A. ROSENBERG. *L'Ebraismo, Storia, pratica, fede*. Oscar Mondadori, Milán 1995, pág. 139 (ed. en inglés: *Judaism. History, Practice and Faith*. 1990). No debe confundirse al rabino Rosenberg con el ideólogo nazi Alfred Rosenberg, condenado a muerte en Núremberg (1946), autor del libro violentamente anticristiano *El mito del siglo XX*, ni con los judíos Rosenberg, condenados a muerte en Estados Unidos (1953) como espías soviéticos.

60) Cf. *Itinéraires*, otoño de 1990, nº III., págs. 1-20. Vale la pena leer el análisis completo de Madiran.

61) Ecumenista, exponente de la *Nouvelle Théologie*, le impresionaron las medidas disciplinarias que siguieron a la encíclica de Pío XII, *Humani generis*. Juan XXIII, en cambio, lo nombró "experto" en el Concilio Vaticano II. Juan Pablo II lo llamó su maestro en *Vareare la soglia della speranza* y lo nombró "cardenal" en 1994. Murió el 22 de junio de 1995.

62) Así que el episodio probablemente tuvo lugar antes del 11 de octubre de 1962, fecha del comienzo del Concilio, o en todo caso poco después, cuando el plan sobre los judíos todavía estaba en el aire... ¡para todos excepto para Bea y Juan XXIII!

63) La primera versión del nº 4 de *Nostra aetate*, incluida en el decreto sobre el ecumenismo y presentada en la segunda sesión del Concilio (19 de noviembre de 1963), la segunda versión, incluida en el nº 32 de la Declaración sobre las religiones no cristianas, presentada al inicio de la Tercera Sesión (28-29 de septiembre de 1964), tercera versión, aprobada como nº 4 de *Judeis della Nostra aetate* el 20 de noviembre de 1964, se presentan junto con la versión definitiva, votada el 28 de octubre de 1965, en el libro de MARIE-THÉRÈSE HOCH y BERNARD DUPUY, *Les Églises devant le Judalsme*. Documentos oficiales 1918-1978, Cerf ed., París, 1980, páginas. 321-334. A pesar de las atenuaciones y de los cambios (entre los cuales la desaparición de la palabra "deicidio" del texto conciliar), el cardenal Bea pudo afirmar, con razón, que su texto había sido "en sustancia, fielmente conservado" (cf. S. SCHMIDT, *op. cit*., p. 585).

64) Texto citado por HENRI FESQUET en: *Le journal du Concile*, Robert Morel ed., Forcalquier, 1966, pág. 988, que reitera un artículo suyo aparecido en *Le Monde* el 16 de octubre de 1965. En este artículo, Fesquet afirma que entre los firmantes se encontraban las revistas *Itinéraires, Nouvelles de chrétienté* y *Verbe* de la *Cité Catholique*. Los editores de estas revistas lo negaron indignados (cf. *Itinéraires*, nº 98, diciembre de 1965, págs. 1-32; n 99, enero de 1966, págs. 4-14), declarando que el texto era una "falsificación" y una "provocación" de origen progresista. Ya en el n° 95 de julio-agosto de 1965, págs. 2-41, Madiran había denunciado las declaraciones de los progresistas que anunciaban para diciembre el futuro cisma de los fundamentalistas que no aceptarían el Concilio. Sin embargo, no creía que el texto citado fuese una "falsificación" fabricada por los progresistas; todo nos lleva a creer más bien que fue una acción de los "tradicionalistas" mejicanos, quienes también fueron el origen del libro de "Maurice Pinay". El hecho es que ya en 1965 hubo quienes declararon vacante la sede...

65) PAUL GINIEWSKI, *op. cit.*, págs. 385-386. Algunos lectores podrían pensar que Giniewski está delirando. Recordemos las palabras de Modigliani, pronunciadas en 1962: "En otros tiempos habría sido una locura pedirle a la Iglesia que se comportara así. Hoy no. Juan XXIII ha demostrado una generosa sensibilidad...". ¿Es imposible "quitar la santidad" a los hombres canonizados por la Iglesia? Sin embargo, el culto a San Simonino, al Beato Andrea da Rinn y al Beato Lorenzino da Marostica fue suprimido. Santa Catalina de Siena y otros santos han sido criticados: se les ha pedido disculpas por sus "pecados"... ¿Es imposible canonizar a Julio Isaac? Sin embargo, Juan Pablo II ha abogado por la inclusión de los no católicos en el Martirologio... Ya es doctrina oficial de la "Iglesia" y del Estado que los crucificadores fueron sólo los romanos. Nosotros somos los deicidas, como nos recuerda el *Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica*. El tercer milenio nos lleva de nuevo a Jerusalén, lo dice Juan Pablo II... No, desgraciadamente Giniewski no delira.